



**La Alemana**

-

Gustavo Escanlar

## Todos detrás de Momo

Todos saben en el barrio que las llamadas no sirven para nada, que son un invento para transar y curtir y robar guita dándoles estampitas a los turistas, a los universitarios, a los excomunistas que curran de publicistas, a las nenitas de la Católica, a los cantantes populares. Las llamadas, ese desfile carnavalero que hacen los negros una vez por año con el verso de las raíces africanas, de los tambores, del candombe. Ese verso que compran los turistas, la mtv, los estudiantes, el Museo del Carnaval. Todos sabemos, también, que el Seba es el menos afín a cualquier tipo de manifestación popular. Solamente el fútbol le gusta, pero por televisión, con *replay*, cámara lenta, Telebeam, Macaya Márquez. Fue el primero del barrio en tener Premium, pero lo mandó sacar después del tercer partido que le cayó todo el barrio por la casa. Parecía la publicidad de Coca-Cola.

Como el tipo es así, raro, callado, no entendimos nada el último febrero que pasó con nosotros, cuando se apareció recopado con las llamadas. Y con la Alemana correteándole atrás, como esas estudiantes de comunicación que se ponen contentas cuando un videísta deja que le lleven la cámara. La pareja más rara de la Tierra, el sistema solar y la Vía Láctea. Los tipos nunca se ríen de nada. Pero esa tarde parecían de tripa o algo por el estilo. Saltaban y se cagaban de la risa por cualquier estupidez.

—Bueno, viejas, esta noche salimos atrás de Tronar de Tambores.

—¿Qué te pasa, Seba? Vos con las llamadas nunca estuviste ni ahí. Al contrario, te calienta que te vengán a invadir el barrio.

«Se llena de turistas», decía. «Parece el Carnaval de Río», remataba, como si alguna vez hubiese pisado el Sambódromo. Desaparecía. Se encerraba solo. Esperaba la vuelta a la normalidad. Esa noche no.

—Esta noche es nuestra. Al auto —ordenó, como siempre, sin dar explicaciones.

Recién ahí, y mientras manejaba mirando para atrás como si tuviera ojos en la nuca, nos mostró de qué iba la mano, con qué se la habían dado: tripas nuevas con los personajes de Yu-Gi-Oh, esos dibujitos ponjas que tienen recopada a toda la pendejada. Unos sellitos que transó con un gallego en la Ciudad Vieja. Convidó. Parecía un cura dándote la hostia. Todos nos pusimos como loquitos. Estábamos dispuestos a seguirlo al lugar que quisiera. Como siempre. Esta vez, además, se lo veía tan de buena onda que hasta de repente le daba por el lado sexual y terminábamos todos enfiestados, becerreando a la Alemana. Qué ganas le teníamos a esa hembra. Qué pedazo de mujer. Pensar que antes de engancharse con ella, Seba era el único que no le daba bola. Decía que no estaba tan buena, que le faltaban tetas, que debía tener la piel blanco leche. Lo que son las cosas, ¿no?, justo él terminó llevándosela. Y se abrió de nosotros enseguida; si pintaba por el barrio una vez por semana, era mucho. Lo que puede una concha, ¿no? Bueno, en realidad estamos hablando de la tal concha. Importada, además. No era cualquier pardita sucia del barrio. Por eso todos le teníamos ganas. Pero nunca nadie se le pudo acercar. No porque fuera la mujer del Seba, ¿eh? Antes que estuviera con él tampoco le entró nadie. No sé por qué, la

respetábamos. Como si fuera una señora. Y eso que no tenía más de veinticuatro. Pero es de esas minas que te miran y como que te están diciendo «ojo, no te metas conmigo, mirá que soy más pesada que vos».

—¿En qué pensás, Doctor Muerte? —interrumpió el Seba, que siempre se da cuenta cuando alguien le está jugando la nuca a la Alemana pensando que nunca se la va a poder coger y qué ganas que le tiene—. Hoy es un día histórico para vos —siguió, solemne—. Hoy, viernes 4 de febrero del año 2005, vas a conocer la casa donde supo vivir la vieja del Seba, o sea, quien les habla. Mi querida vieja, díos la tenga en la gloria, que en el lugar que esté descanse al fin en paz —me dijo.

—¿Vos tenías vieja, Seba? Yo pensé que habías nacido de un repollo, o que te habían clonado...

Nunca nadie había oído hablar de la vieja del Seba. Era de esos temas que uno prefiere no tocar sin permiso. El Seba nunca jamás en la puta vida nos habló de la familia. Nada. Ni madre ni padre ni hermanos ni abuelos ni sobrinos ni tíos políticos, como si la cigüeña lo hubiera traído directo de París por Federal Express.

Así que ese fue un día histórico posta. Uno de esos días en que alguien te elige para contarte un secreto. Y ahí fuimos. Era una casa de altos, vieja, de las art decó que hicieron por todo Montevideo en los años veinte. Quedaba por la Aguada, en la calle Galicia. En alguna época había sido pensión, y estaba en el punto justo antes de que la invadieran las ratas o los *homeless*, que, para el caso, son más o menos lo mismo. Tenía siete piezas y, en el medio, un patio con claraboya. No había nadie. Estaban los muebles, todas las cosas en su lugar, un gato gris dando vueltas por el patio, pero ningún humano. Un pueblo fantasma, de esos en los

que en cualquier momento caen dos tipos, se miran con cara de malos y pinta un duelo ahí mismo, en el medio de la casa.

El Seba nos llevó hasta uno de los dormitorios, el más grande, el que daba a la calle.

—Cierren los ojos, muchachos, que esto es una sorpresa.

Abrió la puerta de un ropero. Hizo un pase, como si fuera un mago. «Tan tan tan tararara tan tan tan», cantaba señalando un toco de vestidos de todos los colores. Pilchas de mina onda años sesenta.

—¿Qué es esto, Seba? ¿Chic Parisien y La Casa de las Telas? ¿Adónde nos trajiste?

—Esta noche, en las llamadas, yo voy a ser Victoria. El Chole va a ser Virna Lisi. Y vos, Doctor, vas a ser Virginia, la más puta. Las Vice Girls. Una banda de travestis.

—¿Travestis, Seba? Vos estás de la mente. Piraste mismo, vieja. Enloqueciste. Te pegó mal el Dragón Blanco Ojiazul. Está bien que estemos dados vuelta, que pinte tripi alguna vez al año y no nos deje encarar y nos pongamos a hacer pavadas toda la noche y después ni nos acordemos. Todo bien, diez puntos. Pero vestirnos de jermu, ni ahí. Mirá lo que somos, unos fetos atómicos, no nos come ni el ácido. Y si por una de esas casualidades nos llegara a dar bola algún borracho, ¿que vamos a hacer? ¿Dejamos que nos coja la negrada?

El Chole resucitó y se puso a gritar y a saltar por todos lados. La tripa siempre le pegaba por ahí.

—Esssssssa. Mató. Me sirvió. Hacemos como Florencia de la V. Le decimos: «Hombre malo, ¿quieres mi cuerpo?», y después: «¡¡Sorpresa y media!!».

Chole ya estaba rezarpado, y se reía y se agarraba el bulto con las dos manos y ya no le importaba respetar a la Alemana. Ella misma se empezó a reír a las carcajadas. Seba

también. El Yu-Gi-Oh los dejó bobos. Los cambió. No eran los mismos de siempre.

—Bo, Seba, ¿nos podés explicar qué mierda te está pasando? Te juro por las cenizas de mi madre, que no está muerta pero fuma mucho, que no te estoy cazando la onda... ¿Cuál es? ¿En serio querés que nos pongamos estas pilchas?

Los vestidos no estaban mal. Eran medio cómicos, onda para una fiesta de disfraces o para regalarle a algún estudiante de teatro, a algún brisco que te quisieras coger. Se ve que habían sido de la vieja del Seba; de alguna tía medio rapidonga, de repente, de esas tías medio putón que están en todas las familias, la oveja negra de la casa, la envidiada. Eran pilchas tipo Sony and Cher, seguro que estaban encanutadas en ese ropero desde el día que mataron a Líber Arce. Desde Musicación Cuatro y Medio, aquel concierto hippy que ni ahí si lo escuchás ahora.

—Vieja, vos te la das de intelectual pero al final el Chole es más inteligente. ¿Qué es lo que no entendés? Una banda de travesaños. Eso. Vamos bailando atrás de los tambores, nos levantamos tres palomas y les sacamos toda la guita. Fácil. ¿Cazás ahora, lenteja? Parecés Miguel Rosifredo Caillava, el volante más lento que jamás haya pisado una cancha de fútbol uruguayo. Y mirá que hubo tipos lentos, ¿eh?

—Más lento era Gregorio Pérez, Seba. ¿Te acordás cómo jugaba, como avisando «bueno, ahora me voy a dar vuelta para allá», «miren que ahora se la voy a pasar a aquel», «ojo, que ahora la mando para aquel otro lado»? ¿Te acordás? Daban ganas de alcanzarle el bastón, pobre. O de mirarlo apretando el *fast forward*.

—Bueno, dejate de joder y no divagues más. Contestá: ¿ahora cazás cuál es?

—Seba. Con todo respeto, yo no te puedo decir que nos

hayas traído hasta acá para emputecernos. Y, encima, después querés que se la demos a tres pintas. No acredito, man. Piraste en serio, vieja. Estás *crazy*. A vos hay que destituirte por zarpado, como a aquel presidente de no me acuerdo dónde que cantaba con Los Iracundos: «Llévense toda la guita que curró, pero acá no me vuelva a pisar más, mire el despelote que está armando. Vaya a cantar *Puerto Montt* a Paysandú. Vaya a cantarle a Eduardo Franco».

La Alemana seguía cagada de la risa. Se fue a un rincón, se sentó frente a un espejo y se puso a preparar unas pinturas que sacó de la mochila que llevaba a todos lados. La mano venía en serio, no era joda. El Seba siguió explicándonos el procedimiento. Estaba más rayado que una cebra. Qué te digo una cebra: más rayado que una manada de cebras con la camiseta del Montevideo Wanderers, que, por si no la conocés, es a rayas blancas y negras verticales.

Y encima se hacía el ideólogo, el autor intelectual, el «jugá-conmigo-no-te-zarpés-tengo-todo-calculado-todo-está-bajo-control-y-como-dijo-Alfonsín-la-casa-está-en-orden-tengan-felices-Pascuas». Por favor.

—Hablando en serio, tordo —seguía tratando de vencerme el Seba—: es lo más fácil del mundo. Viste que a eso de las once, las doce, ya están todos borrachos y se ponen a bailar caminando atrás de las comparsas. Imaginate la situación: tres tipos ahí, bailando como unos carlitos en plena candombeada. De repente se les acercan tres camiones —porque te prometo que con estas pilchas y maquillados vamos a ser tres camionazos—, cuatro, porque esta también va. Empezamos a bailarles cerca, moviendo las caderas. Les rozamos el culo, nos manoseamos las tetas, les miramos los bultos. Los tipos van a recoparse con nosotras, ¿no? Pensá un poquito. Vienen calientes de ver toda la noche a las

negras desfilando medio en bolas. Están cansados de bailar, todos sudados. Ven estos cuatro regalitos y se ponen como locos. Se zarpan. Piran mal. Te apuesto la mitad de la guita que hagamos: no se van a poner a ver si tenemos chopes de verdad, de plástico, de espuma plast, de silicona. No te digo que no se vayan a dar cuenta, pero a esa altura la van a querer poner en cualquier agujero. Les va a importar un carajo si somos mujeres, travas, viejas o el perro de China Zorrilla: lo único que van a querer va a ser mojar la nutria. Si les ponés un poni adelante, los tipos le van a entrar al poni. Como los peones de campo. ¿O por qué te creés que los tipos les terminan dando a las ovejas y a las chanchas? ¿Porque les gusta? Noooo, vieja, no. Porque no tienen otra cosa y ya el muñeco no les aguanta sin ponerla en un agujero, en lo que sea.

El Seba habló como nunca había hablado en su vida. Seguro que se había metido merca hasta por las orejas. Cualquier agujero. Siguió.

—Después de franelear un rato, los tipos, que de tan calientes ya no saben dónde carajo están, empiezan «dónde vamos, dónde vamos». Nosotros nos hacemos los cancheros. Los llevamos atrás del cementerio, les pegamos dos piñas y ya está. Listo el pollo.

Capaz que el estupefaciente me estaba empezando a hacer efecto. Pero, explicada así, la idea no estaba tan mal. Y —lo más importante— nadie nos iba a terminar cogiendo. La virtud quedaba intacta. Con guita y con culo. El Seba siguió haciéndose el profe. Siempre que explicaba los laburos había un momento en que se las tiraba de dt.

—Lo más difícil es saber elegirlos. Tenemos que cazar a alguien que ande con guita encima. Ir palpando billeteras, tocando culos mientras bailamos... Pero una vez que el tipo

esté *intimate*, con una patada en los huevos lo dejás grogui. Eso sí: dos o tres chupones le vas a tener que dar.

Me volví loco. No es que le haga asco a chuponear con un tipo. Es más, quién no lo ha hecho de pibe alguna vez con un amigo, para probar nomás, nada de mariconerías. Pero nos imaginé a nosotros tres vestidos de mujer metiendo lengua con tres choborras y me dieron ganas de vomitar. Te juro.

—¿Dos o tres chupones? Váyanse a la concha de sus reverendas hijas de puta madres. Vos sabés que yo nunca le hice asco a nada, que hasta me cogí a la Cincuenta Pesos cuando ya estaba en decadencia, que era un bofe. Pero no me pidas que chuponee con un chabón, Seba. Y menos si no lo conozco, ¿no? Porque al Chole, o a vos mismo, capaz que un día, medio en pedo o zarpado, los miro medio romántico y les encajo un pico. Pero a un quía que no sabés ni el nombre, que lo agarrás para afanarlo en las llamadas... Ustedes están recontrarrezarpados, che... Se pasaron de rosca. Andá a cagar, Seba. Dejate de joder. Me voy a la mierda.

Salí al patio de la casa. Era enorme. Me perdí, no sabía dónde estaba la puerta. El Seba me siguió. Sacó un paquete del bolsillo. Terrible tiza. Cinco gramos, por lo menos. En las llamadas todo el barrio está surtido, pero esta vez el Seba fue al supermercado mayorista. Al Géant de la falopa. Supertiendas Cotillón. Ta-Ta. Grandes Tiendas Montevideo.

—Mirá lo que tengo para vos, viejita... Si te andan faltando huevos, acá tenés los polvos mágicos. ¿Querés?

—Más bien que quiero, vieja, ¿qué te pasa? ¿Alguna vez te dije que no?

—No hay merca si no hay laburo.

—Hijo de puta...

Me serví un par de saques. Todavía estaba medio ahí, sin

saber si agarrar viaje o no. Aunque no me había decidido, ya estaba viendo que nos íbamos a divertir. Si no nos divertíamos con toda esa merca, éramos unos giles.

—Doctor Muerte, es el trabajo más fácil de tu vida. ¿No decís que te aburrís, a veces, laburando con toda la gilada? Dale, mamá, tirate al agua por lo menos una vez en la puta vida.

—Sí, puta, no tengas dudas. Será el laburo más fácil, eso no te lo niego. Pero también es un laburo demasiado trolo, Seba.

—El Carnaval está para eso: una noche de zarpadera por año, y a otra cosa. Brasil está lleno de bandas de traviosos. Y mirá que no son putos: los tipos salen de la casa vestidos de mujer, van hasta con la ropa de la patrona, saludan a los botijas y van a trabajar así, vestidos como minas. No lo podés creer.

—Y se levantan a los turistas uruguayos para afanarlos, también.

—Claro, mamá. El trava es quien puede afanar más fácil. Se te entrega como si fuera una mujer, pero te olvidás de que tiene la fuerza de un hombre. Es jugar y cobrar, viejita, no lo dudes. «Síganme, no los voy a defraudar», dijo Menem, y se levantó a la Bolocco y le hizo un hijo y se cagó de risa de la gente.

—Bo, ¿y si nos volvemos putos?

Ya estábamos empezando a joder, metiéndonos mano y cagándonos de risa y sirviéndonos otro saque y sacándonos las lenguas onda mina sexi, cuando se abrió la puerta del cuarto y apareció el Chole. Como siempre que llega a cualquier lugar, se había quedado sentado mirando tele al borde de la cama. Cuando salió, quedamos totalmente de flash. Estaba vestido de mujer, con dos tetas hechas con esas peras

de goma de las farmacias, una polera amarillo patito y una mini negra de cuero. La verdad, no estaba nada mal. De madrugada, cerrando los ojitos, hasta yo le hubiera dado al Chole vestido así. Y no tuve problema en confesarlo.

—Yo a esto le entro bien, ¿eh?... No se necesita estar en pedo para darle una sacudidita, ¿no?

—Está buena, ¿no? Yo te dije, tordo, que, en el fondo, nosotros somos terribles lobas.

Enseguida, el Seba desconectó y se puso profesional.

—Te falta algo.

Se fue para otro cuarto y volvió con una peluca rubia. Cuando se la puso y vi cómo le quedaba, supe que íbamos a tener éxito. La Vice Virna Lisi estaba que se partía. Y, además, el Chole te podía partir la jeta de una piña.

—Seba, una vez más debo reconocer que no estás de jefe al pedo.

No lo voy a negar: como todo trabuco, Virna Lisi me calentaba un poco. Ojo: no se lo vayas a decir al Chole, que es de los que se ponen mimosos cuando le dan al faso. Seguro que, si se entera, la próxima vez que fumemos me pide que lo abrace. Y así, abrazo va, abrazo viene, terminaríamos chuponeando y cogiendo. A quién no le ha pasado.

La que más disfrutó con los preparativos fue la Alemana. Primero nos maquilló. Después nos enseñó dos o tres trucos: ponerse algodón adentro del sutién, la bombacha bien alta, hasta los pechos, para que le levante más el culo; las medias un talle menos, que te aprieten, al principio molestan pero después te acostumbrás; fijador de spray en la peluca, para que te mantenga el peinado pero a la vez puedas moverlo. Las tiene todas la Alemana. Después de dos horas, éramos cuatro lobas. Rezarpadas, fiesteras, prontas para la acción. Mucho fumo, mucha merca. Y, antes de salir,

otra tripa. *One for the road*. Lo más. Seba: te admiro. Aunque no te lo voy a reconocer así nomás, gratis.

Éramos cuatro minones. Divinas. La Alemana era la que la tenía más difícil. Para un choma, hacerse el trava es relativamente fácil: te contoneás, te hacés la loca, movés el culo y las tetas y ya está. En una palabra: sobreactuás, como diría Martín, un puto de la Comedia Nacional que me cogí por unos meses, hasta que se enamoró y le tuve que dar salida. Pero una mina, para hacer de travesti, tiene que fingir que es un macho que hace de mujer. Un huevo. O dos: se fabricó tremendo bulto con algodón y un rollo de papel higiénico. Mientras la miraba —siempre la estoy junando, no lo puedo evitar, un día el Seba me va a cagar a piñas— pensaba qué voz iba a poner. Cómo hablaría. Como una mina, como un macho haciendo de mina, como una mariquita. Quién sabe. Ya veremos.

En las llamadas, en el desfile mismo, te conviene estar limpio. No lleves nada de falopa, dejá que te convide la negrada. Si vas siguiendo una comparsa, los negros te dan merca cada vez que calientan los tambores. Te la pasan por debajo de las banderas y del portaestandarte cuando paran en la plaza Zitarrosa, ahí donde dicen que Strauch encontró el tesoro de las Masilotti y construyó terrible fábrica. La merca de los gronei es de lo peor. Se la compran al Lito, que ese día la vende más cortada y melada que en el resto del año. Son las leyes del capitalismo, la oferta y la demanda. No te confundas, vieja: ese día no importa si la falopa es mala o si no te hace efecto. Vos igual andá limpio, no lleves nada encima. Ir con merca a las llamadas es como llevar guita al estadio. Yo sé lo que te digo.

Iban cuatro o cinco cuadras de desfile y yo ya no daba más. ¿Viste esas *vedettes* que no cazan la onda, que se bailan

todo la primera cuadra y después tienen que ir arrastrándose el resto del desfile? ¿Viste los jugadores que corren los primeros diez minutos y después no pueden ni moverse? Bueno, yo estaba así. Me tuve que esforzar con los polvos mágicos del Seba. Cuando Tronar de Tambores —con nosotros a triqui— iba por Santiago de Chile, encontramos a las víctimas. Estaban regalados. Eran cuatro brasucas que miraban el desfile parados, atrás de la fila de asientos que pone la Intendencia —vacía, como siempre: nadie va a pagar ochenta mangos para sentarse ahí—. Trataban, sin demasiado éxito, de seguirles el ritmo a los tambores. Vieron a las Vice Girls, que les hacían gestos, y se mandaron a bailar de una. Sambeaban en lugar de candombear, los infelices. Lo primero que hicimos mientras «muevamuevamuevamueva» fue tocarles el culo, a ver si llevaban algo en el bolsillo de atrás. Billeteras gordas.

Ni me acuerdo de cómo se llamaban. João o Rivelinho o Julinho o Jairzinho o Roberto Carlos o Pelé o Rivaldo o Ronaldinho. No importa. Lo que importa es que, a la altura de Minas, cuando pasamos por las ruinas del Reus, que ahora son todas casas ocupadas esperando que se pongan a construir de una vez las viviendas de Covisur, los tipos ya estaban muertos con nosotros. Los convidamos con un vino suelto horrible, que habíamos comprado en lo del gallego Gascue y los iba a dejar bien en pedo. Vino Taladro, ese que cayó una gota y agujereó el mantel, la mesa, la *moquette* verde, el piso, y mató a una vieja que estaba viendo *Los Soprano* en el apartamento de abajo. Ese vino que te lo tomás y te das cuenta de que, en ese mismo momento, te disuelve por completo el estómago y te deja los jugos gástricos sueltos y haciéndote pelota abajo del mondongo. Ese vino que te deja una acidez que te dura tres semanas y no te la sacás

ni masticándote ocho baytalcids al mismo tiempo, como si fueran caramelos. Vino tipo comida mexicana. Los bayanos todavía no habían sacado si éramos travas o minas de esas que juegan al fútbol y comen polenta tres veces por semana, esas que son medio tortilleras pero les gustan los machos, esas minas que se parecen a las que juegan en la nba de mujeres, minas fisicoculturistas que te aprietan la garcha con los músculos de la pelvis y te la dejan finita y larga, como para tocar el violín con la garompa. Pero a los brasileños ya no les importaba nada: los teníamos bien engranaditos. Otra vez hay que reverenciar al Seba, y capaz que a la Alemana, de repente es ella la que le da las ideas.

Si te ponés a pensar bien, refregarse contra el culo de un hombre no es muy diferente a refregarte contra el de una mujer. Probá en un ómnibus lleno a las siete de la tarde. Mientras el inspector dice «pasando al fondo, que hay lugar» y golpea la ventanilla con una moneda de dos pesos o con el anillo de casado, vos cerrá los ojitos, pegate contra lo que tengas atrás y tratá de adivinar sin hacer trampa si es un culo de mina, de macho o un culito de pendejo (no me hagas hablar del culo de los pibes, que calentarse con eso es ilegal; mirá cómo la terminó quedando Michael Jackson). Como te decía, estaban en la mano los brasucas. Les mostrábamos la lengua mientras bailábamos, les cantábamos «hay que ponerse / hay que ponerse / hay que ponerse desodorante» y ellos no cazaban la letra de la canción, como si a mí me hicieras escuchar una canción de Wilson Simonal y me preguntaras «de qué está *falando, menino*».

En Magallanes, cuando pegamos la vuelta para volver todo el camino para atrás por Durazno, yo ya estaba en ese estado en que te olvidás de que estás cansado y te seguís moviendo por inercia. Como hacía la Rosa Luna cuando

estaba vieja, que no podías creer cómo aguantaba el peso de esas tetas, y ella bancaba y bailaba y se reía en piloto automático. Fue ahí que los verdeamarelhos empezaron a joder: «*Vai foder. Vai transar. Vai hotel. Bom hotel*». Nosotras nos hacíamos las diosas, las joyas, las que no entendíamos lo que nos decían. Los histeriquéabamos como si fuéramos modelos argentinas.

Les seguimos dando vino de caja. Ellos no sabían, todavía, que el destino los había garcado. De repente, el Seba peló unos tripis y se los puso en la boca a los tipos, que mascaron sin protestar, haciéndose los entendidos. Más Yu-Gi-Oh, gentileza de Nickelodeon. «No mastiqué, bayano... Dejala ahí, debajo de la lengua, como las pastillas para el soronca», les gritó el Seba, siempre dando órdenes con esa voz de caño que, si no se avivaron de que era macho, era porque ya estaban dados vuelta.

Las llamadas se iban cayendo y nosotros nos entramos a cagar de los nervios. No sé si los tipos se habían avivado, pero nosotros estábamos cada vez menos fiesteros, y ellos, más calientes y zarpados. Ellos se empezaron a poner violentos. No nosotros. Jorginho, el más panzón, el más uruguayo de los brasileños, justo el que me tocó a mí, era el más denso. Cuando pasamos por la Quinta hasta me dieron ganas de demandarlo por acoso sexual. Ya me tenía podrido, el bufarrón, todo el tiempo manoseándome el culo y queriendo tocarme las tetas y la concha. Es difícil ser mujer.

En Gonzalo Ramírez y Cuareim, la Alemana se sacó una bolsa de merca de adentro del Wonderbra y nos convidó solamente a nosotros, para darnos ánimo. De los uruguayos, el único que seguía copado era el Chole, en otra cosa, por fuera, como siempre. Seba, la Alemana y yo ya habíamos dejado de divertirnos hacía rato. La merca nos había puesto

rabiosos. Y, encima, el toca toca de Jorginho quería que lo convidara. Ni ahí iba a darle, qué se pensaba el *filho da puta*, que por meterme mano yo le iba a dar un saque.

Es el método del Seba. Siempre es así. No te da tiempo para pensar. Apenas pisamos el pastito de atrás del cementerio, gritó «¡ahora!», y le pegó terrible piña al brasileño que tenía más cerca. En dos segundos los teníamos a los cuatro tirados en el piso, y nosotros, desde arriba, dándoles patadas, como si hubiéramos salido de *La naranja mecánica* y cantáramos «*singing in the rain / ¡paf! / just singing in the rain / ¡paf!*». *What a glorious feeling*.

Somos hijos de puta, no hay caso. Llevamos la violencia adentro. Ahora sí nos estábamos divirtiendo. Los brasileños parecían Ronaldinho la tarde de la final con Francia, ¿te acordás? Primero baile, después cagazo y, al final, convulsiones. A nosotros nos fue mejor que a los franceses. Cuatro a cero.

No voy a contar más, porque a partir de ahí fue el cago de risa y, por mejor que te lo cuente, no le voy a hacer justicia. Eso sí, te voy a decir: si un día de estos vas por la rambla y atrás del cementerio, ahí donde se asoma la tumba de Luis Batlle, ves cuatro brasucas palominos atados contra las palmeras, son ellos, que todavía deben estar ahí. Y, si un día alguien los desata, van a llegar a San Pablo a dedo, en tres o cuatro años. Los gilastros no eran tan palomas, no fueron a las llamadas con demasiada guita, no estaban tan forrados como si los hubiéramos agarrado en Ku Megadisco. Tenían setecientos cada uno, más o menos. Les afanamos las pilchas, los dejamos en bolas, les hicimos creer que los íbamos a coger, y al final, les meamos el culo. Odio a los brasucas que van a las llamadas. En realidad, odio a todos los que van a las llamadas. Para serte franco, odio las llamadas. Tiene

razón el Seba, que te invadan el barrio un día por año no está bien, es cosa de hijos de puta. Lo mismo les pasa a los umbanda: se bancan que les caigan miles de universitarios el día de Iemanyá solo porque haciéndolo turístico pueden llevarse algo de guita. Y a la madrugada, cuando no anda nadie, van a la playa y se llevan las ofrendas de verdad, las más valiosas. La Virgen debe estar de acuerdo; no sé si ella no haría lo mismo.

La Alemana estaba recontrahipercagada de risa. Nunca la había visto tan alegre. Apenas llegamos a la casa, el Seba se transformó. Se dejó de joder y volvió a ser el profesional serio, el secote, el hijo de puta. El Indiana Jones, el Bruce Willis. Duro de matar. Como la Alemana, que solamente se la coge él y nadie más. Ella repartió los dólares nuevos, recién planchados, como sacados de cajero automático. Y enseguida volvió a ser la antipática de siempre. Como si el tripi le hubiese dejado de hacer efecto de repente. *Switch off*. Nada de festejos. Adiós Carnaval: de becerros ni hablemos.

Ya estaba amaneciendo.

—Buena, muchachos —nos dijo el Seba, con la Alemana colgándole del brazo—. ¿Y, Doctor Muerte, te sirvió? Ahora, que te quedás con este, hacete puto —me largó, de despedida.

—Adiós, señoritas... —nos dijo la Alemana.

Y nos quedamos solos con el Chole, mirando tele, un partido atrasado que pasaban en Fox Sports. Corinthians contra no sé qué cuadro con camiseta verde. Nos dormimos recién al mediodía. Nos sentíamos Freddie Mercury antes del bicho. *We are the champions*.

